



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM. 12477

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Administración y Redacción, Mayor 24

MARTES 9 DE JUNIO DE 1903

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 81.

La escuadra

No se trata de la actual, llamada escuadra por llamarle algo, sino de esa otra que tiene en proyecto la comisión nombrada con el citado fin.

Los periódicos de gran circulación se han ocupado bastante del asunto, dando cuenta del plan a grandes rasgos.

Basados en esos informes, hemos dicho lo que nos parecía; mas resulta ahora que ellos y nosotros hemos perdido lastimosamente el tiempo y el trabajo, porque, según la frase del señor Silveira, que por su cargo sabe mejor que nadie lo que pasa en el mundo oficial, del proyecto de escuadra nadie sabrá nada hasta que se presente en el Congreso.

Sin duda habrá que tomar esa afirmación presidencial á beneficio de inventario, por que no es la primera vez que se ha visto á la prensa mejor enterada, que cualquier ministro. Ahí está la cuestión africana, en la que «El Liberal» aparece mejor informado que Abarcaza, y ahí está también el proceso de la guerra con los yanquis, en el que batieron el record de la noticia unos cuantos diarios madrileños que ponían a los señores ministros en aulos de lo que sucedía.

Mas quédese eso a un lado, y vénganos al proyecto de formación de escuadra, a ese proyecto que nadie conoce, según el presidente, y que por arte de brujería lo que ha llegado a conocerlo la prensa.

El proyecto ha nacido con unas tendencias feroces á andar despacito (piano, piano). Cuando se constituya el Congreso, (estas son también palabras del señor Silveira) el ministro de Marina, señor Sanchez Toca, subirá a la tribuna y lo leerá; mas como con una simple lectura no ha de haber bastante para hacerse cargo de un tan importante documento, el propio señor Sanchez lo dejara sobre la mesa y allí se estará, hoja sobre hoja, sometido al estudio de los diputados, que no lo han de estudiar.

Después, como ha de combinarse el proyecto de escuadra con el de arriendo de los arsenales—y esto demostrará al presidente del consejo que algo se sabe de lo que se guarda tan oculto—se discutirá largo y tendido, se hará su consumo de oratoria tremendo, se sucederán las enmiendas a granel, hablarán los departamentos mas o menos azaules, según les tenga o no cuenta al arriendo y alla para Dios sabe cuando se echarán los cimientos de la nueva escuadra.

Precisamente se trata de un asunto en el que convendría ahorrar tramites. Si hace falta la escuadra y es urgente tenerla, el

tiempo que se abrevie para llegar á contratarla sera tiempo ganado.

Como ese asunto es nacional y no de partido, debe ser objeto de un estudio profundo en el seno de la comisión parlamentaria que ha de dictaminar. Y como la misma debe abrir una información, procurando hermanar la amplitud con la rapidez, cuando el proyecto vuelva otra vez sobre la mesa, acompañado del dictamen, debe llevar el beneplácito de todos, mayoría y minorías, para que sea aprobado en veinticuatro horas.

Hacer lo contrario sera perder el tiempo y ya se ha perdido bastante de este que con motivo de las guerras coloniales quitamos, sin defensa por el mar.

Si es de necesidad la escuadra y el sacrificio que su coste representa puede hacerse, hágase cuanto antes y pongámonos a la parte para no retardar su construcción.

TIJERETAZOS

Leemos:

«No hay duda posible. El gobierno británico va derecho al proteccionismo.»

¿So o en lo económico?

Hacemos la pregunta, porque en lo político lleva igual dirección.

Se le encapuchado en protegerlo todo y sino proteje más es que no puede.

Pero no desconfía de llegar á poder y si que laborando... para eso, para llegar á proteger.

En Valls se han declarado en huelga los albañiles.

Ahora que se está cayendo el campanario de la iglesia de San Francisco y necesita que le echen una mano.

Los huelguistas esperan que se caiga porque así tendrán que hacer una obra en vez de un romiendo.

En el Parlamento francés, un diputado ha llamado á un compañero, comediante.

Y éste, que sirve lo mismo para un fregato que para un barrido, quiere probar que es trájico también.

Y ya están en el asunto los padrinos.

Dicen de la Martinica que el Monte Pelado se encuentra en plena y violenta erupción.

¿Pero aún hay Martinica?

Las erupciones de Monte Pelado y los destrozos causados en la isla, corren parejas con aquellos partos que llegaban de Cuba dando cuenta de las bajas enemigas.

Si se mueren todos los declarados resultarian muertos quinientos mil insurrectos de los cincuenta mil que nos combatían.

Milagros de las matemáticas oficiales.

Le Temps de París critica severamente el proyecto de administración local del señor Maura.

¡Hasta en el extranjero!

El Sr. Montero Rios se muestra satisfecho del discurso que ha pronunciado en la alta Cámara.

Ahora falta saber si le pasa lo mismo á sus amigos.

Puede ser que no.

Las cicatrices de Roosevelt

Ningún presidente de los Estados Unidos recibió tantas heridas ni tuvo, por consiguiente, tantas cicatrices, como las que tiene Teodoro Roosevelt, el presidente actual.

Ha sufrido lesiones quince veces, algunas de importancia y otras ligeras ó insignificantes.

Teodoro Roosevelt ha sido siempre un hombre aficionado al sport y á los ejercicios atléticos.

Desde su más remota juventud, y á pesar de que su naturaleza era un tanto delicada y, quizás, precisamente para corregir ese defecto, el futuro presidente de la Unión Americana gustó de dedicarse á esos ejercicios corporales que tanto beneficio producen en materia al desarrollo físico, y gracias á los que, la raza sajona ha logrado adquirir tanto vigor, tanta salud y tan completo desarrollo muscular.

El «football» era el juego favorito de Roosevelt, y se entregaba á él con tanto empeño, con tan grande entusiasmo, que algunas veces hubo de recibir golpes colosales.

Las cicatrices debidas al «football» ocupan un buen lugar en el que pudiera llamarse «mapa de las cicatrices de M. Roosevelt».

También fué en su juventud, el presidente agricultor, ó sea lo que llaman los americanos «ranchman».

El campo en que á la sazón ejercía su actividad, era el de las vastas praderas semidesiertas del Noroeste, en la Dakota septentrional; y la vida que allí llevaba, era la del hombre que se halla continuamente en presencia de la naturaleza rebelde, día puesto á domeñarla y á fertilizarla á fuerza de constancia y de energía.

No estuvo su vida exenta de peligros durante esa época.

Por el territorio de Dakota vagaban entonces partidas de indios Sioux, rebeldes á toda civilización y enemigos jurados de los blancos.

Más de una vez, Roosevelt solo se vió rodeado por centenares de indios, amenazantes y hostiles y si, en tales ocasiones logró salvarse, fué solo gracias á su audacia y á su sangre fría, que nunca le abandonaron.

Durante su vida de «ranchman», Roosevelt sufrió varias caídas del caballo, que dejaron impresa en su cuerpo huellas indelebiles.

Gustábase domeñar potros bravíos y cabalgar en animales tenidos por insujetables; y, como era natural, no siempre le fué propicia la fortuna, ni pudo siempre su habilidad de jinete ser más poderosa que los corceos de sus caballos.

Dos lances muy serios pusieron en peligro la vida de Roosevelt y le dejaron marcado su recuerdo para siempre.

Fué uno su novelosa batalla con un oso gris, en Idaho, por el año 1889.

Logró escapar, es verdad; pero el animal le dió un zarpaço que aún se conserva impreso.

En el Wyoming, en ocasión que andaba por el campo cogió un novillo de pitones formidables: le hizo dar volteretas en el aire y le revolcó por los anelos, como á cualquier diestro español.

Escapó también con vida; pero lleno de contusiones y de sangre.

Viajando una noche en completa obscuridad, caballero en su fiel potro «Ben Butler», Roosevelt no advirtió que el terreno se cortaba repentinamente; y esa inadvertencia fué causa de que se embarrancara,

rodando él y el caballo por un espacio de cien pies, hasta llegar al fondo de una cañada.

También de este accidente salió, como era natural, contuso y maltrecho.

Cuando la guerra hispano americana, se alistó en el ejército con el grado de coronel.

El primero de Julio de 1898, ante Santiago de Cuba, recibió su primera herida militar.

Finalmente, Teodoro Roosevelt ha sido herido dos veces en accidentes de tranvía eléctrico y dos jugando al «rapier» con su íntimo amigo el general Leonardo Wood, quien le dió «un simple palo».

De esta serie de accidentes, deduce el «World» de Nueva York, que la buena suerte de Roosevelt es extraordinaria, pues pocos son, probablemente, los que hayan podido escapar de semejantes peligros con vida y sin fracturas.

CIE SCIA INFUSA

COLACIÓN DE GRADOS

Despreñada de los debates parlamentarios, corre estos días por los periódicos, como canto rodado, la frase: «colación de grados», con la cual se quiere dar á entender que al Estado como al ventero aquél á quien cupo la inmensa honra de armar caballero á nuestro insigne caballero de la Trista Figura, dar la pascozada y el espaldarzo en materia docente, en cuya ceremonia parece que está todo el toque de la suficiencia oficial.

Y esto trae como por la mano el recuerdo de tanto caballero andante como se ha «colado» de rondón por las puertas del portajo público en todos los ramos y ramas de la ciencia, unos picapleiteando sin fin en el fértil bosque del litigio; otros fabricando túneles, que iniciados por ambos extremos, jamás se encuentran sus prolongaciones interiores; los de acá, dorando píldoras y confeccionando específicos y drogas para curar aprensiones; los de acullá, extirpando entrañas y trazando caminos y canales por bajo del cuero de los infelices pacientes que se ponen en sus autorizadas y competentes manos.

Con tantas vueltas y masajes como á la enseñanza oficial le ha dado el Estado, ha quedado la instrucción pública convertida en una purísima breva, blanda y pingosa, que no hay quien se arrieague á tocarla, como no sea con pinzas; y á fuerza de sollos y batidos, cuanto emana de la tal colación de grados, anda manga por hombro en esta bendita tierra de los viceversas y de los Quijotas.

Los códigos á medio hacer, la Iligence á medio recomendar, los puentes y vías de comunicación en proyecto; y cuanto puede de la competencia oficial en estudio.

Claro es que en estas «colaciones» la ciencia no se detiene y el progreso avanza constantemente; pero es porque lleva en sí fuerza suficiente para arrastrar todas estas retortidas y amarres que la sujetan al modo de las finas hebras que á ellos se les aitojaban firmísimas maromas, con que los habitantes de Liliup querían aprisionar al héroe de la obra del socarronazo de Swift, el amigo Gulliver, cuando hecho una verdadera marmota, se quedó profundamente dormido en las mullidas praderas de aquel microscópico y fantástico país.

La verdadera ciencia, esa que las gentes experimentadas llaman de antiguo, madre de la ciencia; esa que se adquiere en la práctica, que es el libro mejor y más profundamente escrito, en suma, el divino arte del acierto, no es más ni es menos esplou-

doroso y brillante porque el Estado lo «cole» ó lo cuele por el tamiz de sus grados, previo pago, según tarifa, mucho más si se considera y advierte, que demasiadas veces lo que se adquiere ó compra en esas tiendas oficiales, que expenden bachilleratos, licenciaturas y doctorados á granel, al modo como las minorvas tipográficas van largando tarjetas y diplomas todos á un patrón, no es otra cosa que la tan asondata y ajotreada ciencia infusa.

Andan por valles y montañas, cerros y verticilosos, provistos de su correspondiente papolito, muchadumbre de peritos de esos, de quienes las gentes huyen como de la peste, cayendo en el extremo opuesto y acaso más peligroso de los saludadores y charlatanes, leguleyos y curialetes de adición, maestros de obras y «factotums» de auxilio universal, que sin compañía ni regla, sin ley ni derecho, sin historial ni droga, y por de contado sin aprensión de ningún género, cortan, rajan, sentencian, fallan, curan ó entierran con la mayor frescura, sin aprensión, y lo que es peor, sin responsabilidad, á espaldas de las «colaciones» del Estado, perscribiendo pingües emolumentos, viriendo como príncipes y alcanzando popularidad y fama tan sólida y durable que para sí la quisieran los del diploma y certificado oficial.

¿Por qué ocurre esto? Pues... por eso, por la manga ancha de las minorvas académicas que lanzan al mercado ó á la plaza «demasiado papel», y así anda ello, que digo el otro; pero al paso que ramos, todo esto se remediará por sí mismo, porque ya estamos viendo que con tanta reforma en la instrucción pública, tanto tribunal de suficiencia, tanto examen y tanto libro y tanta matraca la estadística acusa aumento de analfabetos y aumento de explotadores docentes, lo que no puede menos de conducir á un Waterloo de ignorancia supina que pronto ó tarde dará al traste con el imperio de nuestra petulancia y la soberanía de nuestra presunción.

Abel Imart.

EL REY DE LOS LABRONES

Hace pocos días fué detenido en una de las calles más céntricas de Londres en el momento de «limpiar» el reloj á un pacífico transeunte. Porque eso sí, también los genios tienen sus tropiezos.

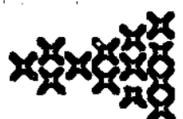
El que ha tenido este noble «gentleman» le costará mucho tiempo estar á la sombra.

No opuso resistencia á la detención. Por el contrario, le dijo al policía:

—Os sigo voluntariamente porque no quiero provocar un escándalo que perjudicaría á mi dignidad y á mi honradez intachable. Cuando se convenga usted del error que comete, habrá de darme una cumplida satisfacción.

La tranquilidad de su conciencia no le impidió, sin embargo, intentar una escapatoria al doblar una esquina. Cuando llegó á la comisaría protestó enérgicamente con lenguaje muy correcto en armonía con su traje, que delataba á un joven de buena posición social más que á un ladrón de oficio.

A pesar de su elocuencia fué registrado. Su elegante gabán, una vez desabrochado y abierto, ofreció á la vista trece bolsillos hábilmente hechos en el forro, no para guardar el pañuelo, la cartera, el portamonedas, etc., sino para llevar una llave inglesa, un berbiqui, una bujía en su estuche un cortafrios, un rollo de cuerda, un pedazo de cera, un cerrucho, barrenas, formones, limas, cuchillos, un uaujojo de gun-



Probad el Licorero de HENRI GARNIER y C.ª

